

## Comentario:

### Gabriel García Márquez, *El amor en los tiempos del cólera*.

“Era inevitable: el olor de las almendras amargas le recordaba siempre el destino de los amores contrariados. El doctor Juvenal Urbino lo percibió desde que entró en la casa todavía en penumbras, adonde había acudido de urgencia a ocuparse de un caso que para él había dejado de ser urgente desde hacía muchos años. El refugiado antillano Jeremiah de Saint-Amour, inválido de guerra, fotógrafo de niños y su adversario de ajedrez más compasivo, se había puesto a salvo de los tormentos de la memoria con un sahumero de cianuro de oro. Encontró el cadáver cubierto con una manta en el catre de campaña donde había dormido siempre, cerca de un taburete con la cubeta que había servido para vaporizar el veneno. En el suelo, amarrado de la pata del catre, estaba el cuerpo tendido de un gran danés negro de pecho nevado, y junto a él estaban las muletas. El cuarto sofocante y abigarrado que hacía al mismo tiempo de alcoba y laboratorio, empezaba a iluminarse apenas con el resplandor del amanecer en la ventana abierta, pero era luz bastante para reconocer de inmediato la autoridad de la muerte.”

El fragmento anterior es el comienzo memorable de *El amor en los tiempos de cólera* de García Márquez. Un arranque bestial, de obligada presencia en toda antología de prosa en castellano.

Éxito absoluto en el club de lectura, palabras como amor, fidelidad; elogios a la constancia de Florentino Ariza por saber esperar a Fermina Daza, mujer a la que siempre amó. A raíz de esta lealtad, algunos lectores comentaron que sí la espero pero mientras él tuvo otras relaciones.

Se abrió un debate sobre la esencia de la fidelidad: ¿se aloja en el corazón o debe tener una respuesta en los comportamientos externos? Como en botica, hubo de todo.

Cuando dirigimos la mirada sobre el fotógrafo, aun cuando apenas aparece: la historia de Jeremiah de Saint-Amour marca contenidos implícitos en la novela; si leemos detenidamente observamos cómo se plantean dos historias de amor, o incluso tres si así aceptamos la relación de Fermina Daza con su esposo. ¿Se puede amar toda la vida y persistir en ello durante la vejez, auestas con la decrepitud que conlleva tal estado, o bien haber desmitificarlo el amor de puertas afuera, hacer un acto de despedida y no querer soportar la suciedad de la vejez? El suicidio, como salida posible, planteado y puesto en escena por Jeremiah de Saint-Amour.

No es lo más frecuente acudir a la historia de amor callado y de amor prohibido entre la esclava y el fotógrafo, que elegirá el suicidio en compañía de su perro y tras haberse despedido de su amante, la esclava a quien el doctor tendrá que buscar después de leer la carta póstuma dejada por él. Sin ser el asunto argumental más tratado, es indudable que si un narrador de la talla de García Márquez inicia la novela con estos amores contrariados debemos pensar que no es para rellenar; por tanto, cabe preguntarse es esa otra manera de vivir el amor, o bien una forma diferente de vivir la senectud: ¿qué mayor demostración de amor a la vida que la decisión de quitársela para no llegar a viejo? ¿cuál es el límite? Jeremiah de Saint-Amour lo cifra en los sesenta años. Asistimos, de este modo, a un acto de rebeldía ante el destino del ser humano, en

definitiva un acto de disidencia. Prosa extraordinaria que se prende en la memoria del lector. La escena que se completa con la imagen del gran danés negro muerto a la cabecera de su dueño. La lealtad incuestionable del perro: estaba amarrado a la pata del catre, pero luego sabemos por la esclava que se podía haber soltado de haberlo querido.

En el fragmento siguiente el doctor Juvenal Urbino va a buscar a la mulata: la clandestinidad compartida de unos amores prohibidos con el fotógrafo.

"El portón se había abierto sin ruido, y en la penumbra interior estaba una mujer madura, vestida de negro absoluto y con una rosa roja en la oreja. A pesar de sus años, que no eran menos de cuarenta, seguía siendo una mulata altiva, con los ojos dorados y crueles, y el cabello ajustado a la forma del cráneo como un casco de algodón de hierro. El doctor Urbino no la reconoció, aunque la había visto varias veces entre las nebulosas de las partidas de ajedrez en la oficina del fotógrafo, y en alguna ocasión le había recetado unas papeletas de quinina para las fiebres tercianas. Le tendió la mano, y ella se la tomó entre las suyas, menos para saludarlo que para ayudarlo a entrar. La sala tenía el clima y el murmullo invisible de una floresta, y estaba atiborrada de muebles y objetos primorosos, cada uno en su sitio natural. El doctor Urbino se acordó sin amargura de la botica de un anticuario de París, un lunes de otoño del siglo anterior, en el número 26 de la calle de Montmartre. La mujer se sentó frente a él y le habló en un castellano difi cil.

-Esta es su casa, doctor -dijo-. No lo esperaba tan pronto.

El doctor Urbino se sintió delatado. Se fijó en ella con el corazón, se fijó en su luto intenso, en la dignidad de su congoja, y entonces comprendió que aquella era una visita inútil, porque ella sabía más que él de todo cuanto estaba dicho y justificado en la carta póstuma de Jeremiah de Saint-Amour. Así era, ella lo había acompañado hasta muy pocas horas antes de la muerte, como lo había acompañado durante casi veinte años con una devoción y una ternura sumisa que se parecían demasiado al amor, y sin que nadie lo supiera en esta soñolienta capital de provincia donde eran de dominio público hasta los secretos de estado. Se habían conocido en un hospital de caminantes de Port-au-Prince, donde ella había nacido y donde él había pasado sus primeros tiempos de fugitivo, y lo siguió hasta aquí un año después para una visita breve, aunque ambos sabían sin ponerse de acuerdo que venía a quedarse para siempre. Ella se ocupaba de mantener la limpieza y el orden del laboratorio una vez por semana, pero ni los vecinos peor pensados confundieron las apariencias con la verdad, porque suponían como todo el mundo que la invalidez de Jeremiah de Saint-Amour no era sólo para caminar. El mismo doctor Urbino lo suponía por razones médicas bien fundadas, y nunca habría creído que tuviera una mujer si él mismo no se lo hubiera revelado en la carta. De todos modos le costaba trabajo entender que dos adultos libres y sin pasado, al margen de los prejuicios de una sociedad ensimismada, hubieran elegido el azar de los amores prohibidos. Ella se lo explicó : "Era su gusto". Además, la clandestinidad compartida con un hombre que nunca fue suyo por completo, y en la que más de una vez conocieron la explosión instantánea de la felicidad, no le pareció una condición indeseable. Al contrario: la vida le había demostrado que tal vez fuera ejemplar."

Pese a todo, algunos lectores prefieren al persistente y fiel Florentino Ariza, al literario amante, al que entusiasma la lectura desde niño cuando lo enseñó a leer su madre. Sufridor de amores porque Fermina Daza elegirá como marido al acaudalado doctor Juvenal Urbino.

### **Vuelta del doctor Juvenal Urbino de París.**

“No había viajado nunca. Llevaba un baúl de hojalata con la ropa del páramo, las novelas ilustradas que compraba en folletines mensuales y que él mismo cosía con tapas de cartón, y los libros de versos de amor que recitaba de memoria y estaban a punto de convertirse en polvo de tanto ser releídos. Había dejado el violín, que se identificaba demasiado con su desgracia, pero su madre lo había obligado a llevar el petate, que era un recado de dormir muy popular y práctico: una almohada, una sábana, una bacinilla de peltre y un toldo de punto para los mosquitos, y todo eso envuelto en una estera amarrada con dos cabuyas para colgar una hamaca en caso de urgencia.

### **El viaje que realiza Florentino Ariza una vez que se entera de que Fermina Daza se va a casar con un médico de alta alcurnia.**

“Florentino Ariza soportó los rigores del viaje con la paciencia mineral que desconsolaba a su madre y exasperaba a sus amigos. No alternó con nadie. Los días se le hacían fáciles sentado frente al barandal, viendo a los caimanes inmóviles asoleándose en los playones con las fauces abiertas para atrapar mariposas, viendo las bandadas de garzas asustadas que se alzaban de pronto en los pantanos, los manatíes que amamantaban sus crías con sus grandes tetas maternas y sorprendían a los pasajeros con sus llantos de mujer. En un mismo día vio pasar flotando tres cuerpos humanos, hinchados y verdes, con varios gallinazos encima. Pasaron primero los cuerpos de dos hombres, uno de ellos sin cabeza, y después el de una niña de pocos años cuyos cabellos de medusa se fueron ondulando en la estela del buque. Nunca supo, porque nunca se sabía, si eran víctimas del cólera o de la guerra, pero la tufarada nauseabunda contaminó en su memoria el recuerdo de Fermina Daza.”

### **Bellísimo el texto en que conocemos cómo pierde la virginidad Florentino Ariza.**

“Una noche que interrumpió la lectura más temprano que de costumbre, se dirigía distraído a los retretes cuando una puerta se abrió a su paso en el comedor desierto, y una mano de halcón lo agarró por la manga de la camisa y lo encerró en un camarote. Apenas si alcanzó a sentir el cuerpo sin edad de una mujer desnuda en las tinieblas, empapada en un sudor caliente y con la respiración desaforada, que lo empujó boca arriba en la litera, le abrió la hebilla del cinturón, le soltó los botones y se descuartizó a sí misma acaballada encima de él, y lo despojó sin gloria de la virginidad, Ambos cayeron agonizando en el vacío de un abismo sin fondo oloroso a marisma de camarones. Ella yació después un instante sobre él, resollando sin aire, y dejó de existir en la oscuridad.”

Para finalizar sólo queda repetir el encantamiento que suscitó la novela en la mayoría de los lectores. Aun así algunos recordamos los cuentos de la obra titulada *Ojos de perro azul* que ya leímos en este club de lectura y hubo quien destacó como más del estilo de García Márquez esta obra que *El amor en los tiempos del cólera*, sin olvidar la elección de favorita que el propio autor hace de la misma y sin dejar de precisar que, después del premio Nobel, es la primera obra que escribe, atenazado por el miedo al fracaso.

Con todo salimos de la sesión sonriendo por los atrevimientos del enamorado Florentino Ariza.

Fe González Velasco.